

Cura por añadidura

“La cura sólo es posible como accidente,
como acontecimiento:
no depende de la voluntad ni de la intención.
Sucedee. Como la escritura.
Cuanta más voluntad y propósito haya detrás,
más se escapa, más se rehúsa”.
(Claudia Masin, Curar y ser curados)

El psicoanálisis nace como intento de cura de aquellas enfermedades que la medicina no podía curar, sin embargo, fue el mismo Freud quien nos previno sobre el furor curandis, y luego Lacan planteó que la cura se produce por añadidura.

¿Qué implicancias conlleva que la cura, en un psicoanálisis, venga por añadidura? ¿A qué cura nos referimos, o más precisamente, qué cura un psicoanálisis?

“Repetidas veces he tenido que escuchar de mis enfermas, tras prometerle yo curación o alivio mediante una cura catártica, esta objeción: Usted mismo lo dice; es probable que mi sufrimiento se entrame con las condiciones y peripecias de mi vida; usted nada puede cambiar en ellas, y entonces, ¿de qué modo pretende socorrerme? A ello he podido responder: No dudo de que al destino le resultaría por fuerza más fácil que a mi librarlo de su padecer. Pero usted se convencerá de que es grande la ganancia si conseguimos mudar su miseria histórica en infortunio ordinario”. Sigmund Freud, Sobre la psicoterapia de la histeria.

Elijo estas palabras del Maestro, dichas a fines de 1800, como puntapié para pensar qué cura, si es que lo hace, un psicoanálisis. No elegí al azar este párrafo. Me importó particularmente porque encuentro en él una posición invariante y esa invariante entiendo es lo que hace a la especificidad de nuestra práctica: su ética. Freud, sujeto de su tiempo, y sin poder escapar al positivismo de su época promete, pero no promete todo. No promete una vida ideal, sin sufrimiento, de pura felicidad, sino una mudanza, un pasaje desde el

sufrimiento neurótico al sufrimiento propio de la vida. Apela a generar confianza en un trabajo que implica subjetivamente al analizante, corriéndose del lugar del salvador o curador. La especificidad de la cura psicoanalítica, en tanto debe dar lugar a la emergencia del inconsciente, le impone a Freud la necesidad de un método y de condiciones que lo hagan posible: la regla fundamental, contrapartida esencial del supuesto del inconsciente, y su correlato necesario en el analista: la atención flotante. El analista es quien escucha, dentro del marco de la transferencia, desde una posición de abstinencia. ¿De que se abstiene? De poner en juego su fantasma, de responder desde allí a la demanda del paciente, de intervenir desde su lugar de sujeto, en tanto se trata de la aparición del sujeto del inconsciente del analizante. El deseo del analista es un lugar vacío, no parte de ningún ideal a priori de salud, no tiene fines preestablecidos de curación, ni de adaptación del sujeto a determinada realidad, por eso “la cura se produce por añadidura”.

En la actualidad el discurso de la ciencia supone un abandono progresivo de la clínica. Las preguntas que desde la antigüedad se hacían al paciente ¿qué le pasa? ¿desde cuando? ¿a qué lo atribuye? que invitan a tomar la palabra quedan en un segundo plano y en su lugar adviene el uso generalizado de los protocolos, la segmentación del cuerpo, y la dispensa masiva de medicación junto a la lista de consejos y técnicas que buscan la adaptación del sujeto a la norma. En cambio, la clínica psicoanalítica no está determinada por una estructura fija, ni por protocolos que la determinen. La dirección de la cura no se encuentra dentro de una perspectiva universal, sino por el contrario, se orienta hacia la solución singular que cada sujeto puede encontrar al situarse ante la lógica de la castración. El punto al que llegue cada uno en ese camino no puede ser anticipado. Se trata de ubicar la lógica particular de cada paciente para intervenir desde allí, dejándose tomar por la transferencia, haciéndose causa del deseo del sujeto como semblante de objeto *a*, para producir las torsiones que den lugar a un movimiento subjetivo que posibilite el pasaje del dicho al decir y con ello los cambios en la posición subjetiva del analizante, en relación al Otro y sus pequeños otros, generando nuevas distribuciones en la economía del goce, un saber-hacer con el síntoma y la oportunidad de que un sujeto pueda descubrir y sostener un

deseo propio. Lacan sostiene que el acto ético es aquel que es conforme con el deseo del sujeto, y el acto no ético, el acto culpable, es aquel en el que el sujeto cede -es decir: renuncia- a su deseo.-¿Ha usted actuado en conformidad con el deseo que lo habita? Se trata de una ética relativa al discurso. Relativa a la palabra que hace acto y modifica al sujeto en su relación con lo real. No es un bello decir literario, no es oratoria ni retórica, es una posición desde la cual se dice, se enuncia. Así se privilegia al sujeto del habla, al sujeto de la enunciación, al sujeto del icc y no al sujeto del enunciado, de la comprensión. Con Freud descubrimos que las palabras son capaces de enfermar, pero también de curar. ¿Cómo? Escuchando lo que resuena, estableciendo nuevas combinaciones, creando otras versiones, vaciando sentidos predeterminados. Esta orientación subvierte directamente el enfoque de la psicoterapia clásica que parte del adoctrinamiento y del saber constituido. No se trata de las normas de cual o tal encuadre, aunque podamos servirnos de ellas, sino que será el analista que con su acto dará existencia al icc en cada caso, operando sobre ese lenguaje, ya sea a través de la interpretación, el corte o el silencio, para que advenga un decir nuevo capaz de articular el deseo del sujeto. Escuchar sin comprender, para que el sujeto pueda reparar-reconocer- el sufrimiento, el dolor, la alienación al Otro, las respuestas coaguladas, la determinación significante, sus goces; para posicionarse de un modo distinto. Cura, entonces, añadida a la reparación, al distinguir lo que antes no se podía distinguir, reconocer en ese discurso que creíamos propio, pero nos fue impuesto, la falta estructural que dará lugar a una nueva posición deseante y vital.

El psicoanálisis no cura la castración, la falta en ser, el no hay relación sexual o la mujer no existe; el psicoanálisis no cura la falta estructural, por el contrario, si de algo nos cura el psicoanálisis es del engaño de la completud y del "nada es imposible", tan de moda en estos tiempos. El psicoanálisis nos cura del engaño que somete al sujeto a un incesante trabajo para cubrir la falta en el Otro, respondiendo a su demanda, cumpliendo sus mandatos, haciendo de lo imposible su impotencia al creer que todo es posible, gozando de los imperativos superyoicos, pagando con su sufrimiento la renuncia a su deseo. Y será en ese movimiento que pone en juego la falta, esa que causa y motoriza el deseo, articulado

pero no articulable, agujereando lo real por medio de lo simbólico, atravesando el fantasma, separándose de ese Otro primordial, yendo más allá del padre a condición de servirse de él, reconociendo lo imposible, que el sujeto podrá habitar su deseo y este mundo, enlazado amorosamente a otros, advertido de los puntos fantasmáticos que lo determinaron, mutando, un poco en cada vuelta de este trabajo, su padecimiento neurótico para saber-hacer con su síntoma y poder afrontar los infortunios ordinarios que, sin dudas, le deparará la vida.

Gabriela Siri
Mayo 2023

3